

## LA HIPÉRBOLÉ EN LA BIBLIA

**H**IPERBOLE es una figura retórica, por la cual, queriendo expresar que un objeto, una cualidad, una acción, sobrepasa el límite acostumbrado, se rebasa el límite de la realidad y de la posibilidad, v. gr. cuando decimos de un hombre valiente que "es un león", de otro ágil que "corre como el viento"... Tienen valor hiperbólico muchas comparaciones, metáforas, metonimias...

La hipérbole es una de las figuras retóricas más frecuentes en los escritores de todos los tiempos y de todos los países, predominando, naturalmente, entre los de los pueblos orientales, donde la imaginación se halla más exaltada y la fantasía es más rica y tiene vuelos más atrevidos, pues, últimamente, la hipérbole no es sino efecto natural de la viveza de imaginación, del entusiasmo y de las pasiones.

El léxico mismo de las varias lenguas, tanto muertas como vivas, abunda en hipérbolés, creadas, no sólo por los autores o escritores, sino también por el pueblo, al querer expresar su admiración, ponderar la bondad o maldad de las personas o de las cosas, etc. En nuestra lengua figuran entre otras muchas hipérbolés que se pueden citar: "Jugarse el sol antes que nazca", "comerse los codos de hambre", "corre que se traga la tierra", "cortar un pelo en el aire", "no tiene sobre qué caerse muerto"...

Casio Longino en su *Arte Retórica* dice que las mejores hipérbolés son las que pasan inadvertidas. Cuando ni el que habla ni el que oye notan la exageración es cuando ésta tiene los caracteres de más ingeniosa

y, al propio tiempo, de más natural y oportuna; por el contrario, cuando la exageración traspasa los límites del buen gusto, el que la oye se da cuenta de la impropiedad y halla ridículo y fuera de propósito lo que se le decía para interesar la atención.

Un preceptista del siglo pasado recomienda, para juzgar de la oportunidad de la hipérbole, la regla de Quintiliano, a saber, que "aunque lo que se diga sea inverosímil para el que lo oye no lo sea para el que lo dice". Por tanto, añade, aunque las hipérbolés son permitidas en pasajes tranquilos, como en las descripciones, es menester que, aun entonces, el objeto de que se habla sea en sí mismo nuevo, grande, portentoso, de manera que la admiración que excita, pueda hacer en la imaginación el mismo efecto que una pasión muy violenta.

La hipérbole es una figura grandiosa, pero necesita ser empleada con mucho cuidado, porque si no es muy natural, degenera en conocida hinchazón. En este defecto incurrieron hasta los grandes escritores, sobre todo poetas, los cuales, llevados de su ardiente imaginación, pasaron, a veces, los límites que hemos indicado. Por demasiado conocida esta figura en la escuela gongorina ni la señalaremos siquiera.

El Fénix de los ingenios empleó una hipérbole desmesurada, al poner en boca de Euriloco, hablando del caballo de Troya:

*"Castigo fué también en parte alguna  
de haber entrado los trojanos muros  
con invención tan alta, que la luna  
temió su sombra en sus cristales puros."* (Circe c. I).

Y en otro pasaje, hablando Ulises del peñasco que Polifemo arrojó contra su nave, dice:

*"...y tan feroz lo arroja  
Que la cara del sol retira y moja."* (Circe c. II).

Conocidas son las hipérbolés de la tan celebrada oda "Al Dos de Mayo", tales como:

*"No hay un puñado de tierra  
Sin una tumba española..."*  
.....

*Hasta las tumbas se abrieron  
Gritando: ¡Venganza y guerra!*

.....  
*Y al suelo le falta tierra  
Para cubrir tanta tumba."*

O la tan conocida de Fray Luis de León:

*Cubre la gente el suelo,  
Debajo de las velas desaparece  
La mar, la voz al cielo  
Confusa y varia crece,  
El polvo roba el día y le escurece.*

Añade el citado autor que no deben confundirse con las hipérbolés, sugeridas por la pasión, las estudiadas y reflexivas exageraciones, empleadas por los oradores en el foro, cuando para acriminar o para disculpar las acciones humanas, llaman "crimen atroz" a lo que tal vez es un delito ordinario, o "flaqueza y debilidad" a horribles atentados, hijos de la más refinada malicia.

Estas exageraciones o excusas son tolerables en semejantes discursos porque los jueces ya se encargan de reducir las cosas a sus justos límites; pero fuera de estos casos es menester atenerse siempre a la rigurosa verdad. Sin embargo, no se falta a ella en aquellas expresiones que se pueden llamar "de convenio", admitidas y usadas hasta en la conversación, v. gr. "más ligero que el viento", "más pesado que el plomo", "hace un siglo que espero"...

Como el presente trabajo versa sobre la "Hipérbole en la Biblia", Libro, que, aunque divino, tiene una gran parte humana y oriental por el medio en que se desenvuelve, por los hechos históricos que relata y, sobre todo, porque son orientales los escritores sagrados que en él han puesto su mano, será bueno recordar qué concepto tienen de esta figura los gramáticos y retóricos del Oriente Medio, para no caer en la injusticia, en que se ha incurrido con frecuencia, de vaciar en moldes occidentales, en definitiva griegos y latinos, unas mentalidades, unas costumbres y unos motivos peculiares de ser, a quienes no convienen estrictamente nuestras normas.

Distinguen los retóricos orientales, árabes y judíos, tres especies de

*mubālaqa* o hipérbole, según la exageración sea mayor o menor: *Gulwaw*, *Igrāq* y *Tablig*: Exageración imposible, difícilmente posible, posible. Ibn 'Ezra para mientes en las dos primeras y nota que los profetas emplean estas dos clases de hipérbole, sobre todo Isaías, rico en ellas. Trae como ejemplos de *Igrāq* o *Hagzamá* los pasajes de Deut. 9<sup>1</sup> en que habla de "*Ciudades grandes y encastilladas hasta el cielo*"; Núm. 13<sup>33</sup> en que dice que los habitantes del país visitado "*eran gigantes y nosotros éramos a nuestros ojos como langostas*" y el cap. 54<sup>10</sup> de Isaías en que dice: "*Los montes se moverán y los collados temblarán*".

Como ejemplos de *Gulwaw* o *Hafrazá* aduce los versículos de Isaías 51<sup>6</sup>: "*Los cielos se disiparán como humo*". Según los filósofos y los sabios, añade Ibn 'Ezra, esto es imposible porque los cielos son incorruptibles naturalmente. Y el 34<sup>4</sup>, también de Isaías: "*Y todo el ejército de los cielos se pudrirá, y los cielos se plegarán como un libro*".

Los poetas hebraicos usaron frecuentemente la hipérbole. La hipérbole es oriental, hija de la imaginación viva; por eso los árabes y judíos la prodigan en sus escritos. Un poeta árabe del s. VII exagera de esta manera:

*"Por poco se llena de rocío mi mano cuando la tocas,  
y crecen verdes hojas en sus bordes".* (Abū Sajr Al-Hudali).

Entre los judíos Ibn Gabirol, hombre de imaginación poderosa, destaca por sus exageraciones; exagera cuando se alaba a sí mismo, como cuando dice ser el "*zodiaco y los hombres sus planetas*", o se llama "*arpa de poetas y cantores*", o confiesa que "*apenas era nacido y ya tenía el corazón de un viejo de ochenta años*", y exagera cuando se lanza contra sus émulo, o cuando elogia a sus bienhechores.

Ejemplos: "*Si en las quebradas de las rocas se extienden sus manos en día de calor, al momento se recubrirán de verde césped.*"

(Ibn 'Ezra)

*"Si se hubieran secado las aguas del llanto,  
no se hubieran arruinado las casas de nuestras moradas."*

(Id.)

En cuestión de hipérbolos, como en el resto de los ornatos, el preceptista sabe captar la galanura del falso decir: "*Lo más hermoso de la poesía es su mentira*".

Hállase a menudo la hipérbole en las Sagradas Escrituras, no sólo en los libros poéticos, sino también en los de pura prosa. Al ir leyendo uno a uno todos los libros del Sagrado Texto, en todos y en cada uno he encontrado esta figura, con más abundancia y vigor, como es natural, en los poéticos y proféticos, incluso en el profeta Abdías, cuyo escrito se reduce a un capítulo de 21 versículos, se encuentran dos hipérbolés bien claras en 1<sup>4</sup> y 1<sup>13</sup>.

Para la explicación de la hipérbole en los Libros Sagrados hay que seguir las reglas generales de la hermenéutica, relativas al sentido figurado y metafórico. Más de una vez se han hecho contra el Sagrado Texto objeciones mal fundadas por haber querido dar un sentido riguroso a expresiones hiperbólicas.

La verdad *lógica* —cuyo opuesto se llama *error*— es la conformidad de las ideas y juicios del que piensa, con la realidad. Aplicado a expresiones orales o escritas, el concepto de verdadero puede entenderse de dos maneras; con respecto al que habla o escribe y con respecto a la realidad. Si hay conformidad entre lo hablado o escrito y el pensamiento del que habla o escribe, se dice que hay verdad *moral*; cuyo opuesto, si es voluntario, se llama *mentira*, y si es involuntario *equivocación*. La conformidad entre lo hablado o escrito y la realidad es lo que constituye la verdad *lógica* de las expresiones. Esta conformidad puede faltar, o porque falta conformidad entre lo que el autor piensa y la realidad, y entonces hay *error*; o porque las expresiones no responden a lo que el autor piensa, y habrá, según la voluntariedad, *mentira* o *equivocación*.

La doctrina católica de la inspiración nos asegura que no puede haber disconformidad entre los juicios que el autor sagrado haga y la realidad —no cabe error lógico—. Por otra parte la inspiración cae sobre las facultades de elocución en forma de ayuda para que el hagiógrafo exprese infaliblemente y con palabras suficientemente aptas su pensamiento, —no cabe equivocación ni mentira—.

Pero sin faltar esas dos conformidades —de la realidad con el pensamiento del autor, y del pensamiento del autor con su expresión— puede faltar, aparentemente, la conformidad entre la materialidad de las palabras y la realidad. Se funda esta anomalía en la multiplicidad de significaciones, propias unas y metafóricas otras, que puede tener una misma palabra o una misma frase. Tal vez sólo una de esas múltiples significaciones guarde, en determinado caso, conformidad con la realidad. Si el autor quiso decirlo en ese sentido, ni hubo error ni mentira ni equivo-

cación, aunque a quien lee o escucha, por fijarse en otras acepciones, le parezca lo contrario.

Si para decir que el Cid era un valiente yo digo que era un *león*, tomando esta palabra en sentido figurado, ni yerro, ni miento, ni me equivoco, por más que entre la significación propia de la palabra *león*= animal salvaje, y el Cid=persona humana, no haya conformidad, pero existe esa conformidad entre el sentido figurado que todos reconocen a la palabra *león*=un ser valiente, y la valentía del Cid.

Supongamos aún que esa significación figurada, admitida por todos: (*león*=ser valiente), no corresponda a la realidad. Para la verdad de mi aserto bastaría que todos lo admitieran; porque yo no me pronuncio sobre ella, sino sobre la valentía del Cid que queda suficientemente expresada con un término que todos entienden así.

Para ver la importancia de estas sencillas verdades que venimos sentando, apliquémoslas a un caso de la Sgda. Escritura. Es sólo un ejemplo, sin pretender dar la verdadera exégesis del texto: en la batalla de Gabaón Dios, a petición de Josué, *alargó el día*. Josué, al pedirlo al Señor, y el autor sagrado, al referir el suceso, emplean una terminología que todos entonces consideraban apta para indicar la prolongación del día: *pararse el sol y la luna*.

No hubo error en la apreciación del escritor inspirado al juzgar que el día se alargó; no hubo mentira ni equivocación en sus expresiones; y no obstante no hay correspondencia entre la parada del sol y la prolongación del día. Esta divergencia entre dos extremos —realidad y expresión—, a pesar de ser ambos conformes a un tercero —el pensamiento del autor—, se funda en la equivalencia, admitida por todos entonces, entre *pararse el sol y alargarse el día*.

Podrá decirse que la idea de haberse alargado el día, sólo por error puede expresarse con la frase: *Paróse el sol y la luna*. Pero basta que todos lo admitieran así para que esas palabras reflejen suficientemente claro el pensamiento del autor —la prolongación del día— que responde a la realidad de lo sucedido.

Por lo dicho se desprende que para juzgar de la verdad de un escrito cualquiera —y en nuestro caso de un escrito inspirado—, hay que atender ante todo al pensamiento del autor. El es quien puede decirnos en qué sentido tomó palabras y frases que admiten más de una significación.

A cada género literario corresponde una manera distinta de propo-

ner la verdad en la mente del escritor. Si un autor, por ejemplo, para narrarnos la creación del mundo escoge el género estrictamente científico de los historiadores modernos, sabemos que pretende se tomen en serio todas sus afirmaciones, como expresiones técnicas de la realidad. Si otro, para contar eso mismo a los niños, escoge la forma de un cuento, con los antropomorfismos, repeticiones y misterios tan del agrado del auditorio infantil, pretende, sí, enseñarles el hecho de la creación pero no intenta que tomen al pie de la letra los detalles de colorido imaginativo que, para amenizar la enseñanza y facilitar el aprendizaje añade por su cuenta. Tal vez el niño lo creerá todo sin distinción; no así las personas mayores que sabrán distinguir lo que hay de verdad, porque el autor intentó enseñarlo, y lo que no es más que adorno literario, porque como tal fué intentado por el autor.

Expresamente y repetidas veces nos lo enseña S. S. Pío XII en su Encíclica "Divino Afiflante":

"Por otra parte —dice— cual sea el sentido *literari* no es muchas veces tan claro en las palabras y escritos de los antiguos orientales, como en los escritores de nuestra edad". Por eso "es absolutamente necesario que el intérprete se traslade mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente para que, ayudado convenientemente con los recursos de la historia, arqueología, etnología y de otras disciplinas, discierna y vea con distinción qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella edad vetusta. Porque los antiguos orientales no empleaban siempre las mismas formas de decir que nosotros hoy sino más bien aquéllas que estaban recibidas en el uso corriente de los hombres de sus tiempos y países..."

Dios, al comunicar sus enseñanzas a los hombres se ha *adaptado* a la condición de éstos y el escritor sagrado, al comunicar a sus semejantes la revelación recibida, lo ha hecho de la forma más conforme con su propio temperamento, en el estilo y lenguaje propios de su época y del medio social en que su vida se ha desarrollado. Así, siendo Dios el autor principal de la Sagrada Escritura, ha dejado a los diversos autores secundarios expresarse en los géneros a que sentían más inclinación y para los que estaban mejor preparados. Podemos distinguir estos géneros literarios en la Biblia: Legal, hitórico, profético, poético, didáctico y otros intermedios o mixtos.

De estos mismos géneros tenemos ejemplos en la literatura profana

del Oriente Medio, cuyo análisis comparativo con las Sagradas Escrituras no hemos de despreciar ya que la Biblia —aunque la mayor parte de la veces se explica por la Biblia misma— puede recibir luz de estos pequeños focos diseminados en la geografía del viejo mundo que desarrolló las primeras civilizaciones que habían de influir en nuestra mentalidad a través del helenismo.

Las excavaciones e investigaciones arqueológicas, llevadas a cabo en esos países en estos últimos tiempos, han vuelto a la luz documentos variados para resucitar hechos históricos (que estaban perdidos); correspondencia diplomática, poemas, cartas, legislación... y otras escrituras que se desarrollan en los diversos estilos antes reseñados para la Biblia y cuya comparación con ésta resulta en alto grado interesante.

En las cartas de Tell-el-Amarna, que nos conservan la correspondencia oficial mantenida entre el Faraón de Egipto y sus reyes vasallos, gobernadores de provincias, o príncipes vecinos, leemos lo siguiente:

Carta de Pidya, rey de Ascalón, a Amenofis III: "Al Rey, mi Señor, mi Dios, mi Sol, sol del cielo, esto es lo que digo: Yo, Pidya, tu servidor, postrado a tus pies, piojo de tus cabellos, yo me inclino de espaldas y de vientre *siete veces y siete veces* a los pies del rey mi Señor...

Y esta otra de Zi-Samini: "Al Rey, mi Señor, esto es lo que digo: Yo Zi-Samini, tu servidor, *me arrojo siete y siete veces* al escabel de tus pies..." que relacionado con lo que leemos en Génesis 33<sup>3</sup> nos explica claramente la actitud de Jacob, temeroso de la venganza de Esaú. "Jacob se puso delante de todos y *se postró en tierra siete veces* antes de llegar su hermano". (No olvidemos el carácter sagrado que entre los antiguos tenía el número siete). Y, después de reconciliados, la expresión: "*He visto tu faz como si viera la de Dios* y me has acogido favorablemente." (Gén. 33<sup>10</sup>). Acciones y palabras son éstas que para nuestra mente occidental del s. XX podían parecer de hiperbólica, rastrera y vil adulación, pero que, en vista de los documentos de aquellas remotas edades, hemos de convenir que tal era la etiqueta y tales las formas sociales para tratar a los señores.

En las Cartas de Lakis leemos: "Yavé haga oír a mi Señor faustas noticias" que recuerda la frase de David en el Miserere "Auditui meo dabis gaudium et laetitiam", que, según el original hebreo es: "Hazme oír, ¡oh, Señor!, la nueva alegre y gozosa (de tu perdón)".

Otra frase de estas Cartas: "¿Quién es tu siervo, un perro, para que mi Señor se haya acordado de mí?" que recuerda el Salmo 8<sup>3</sup>: "¿Qué

es el hombre para que te acuerdes de él?" y aquello otro de David, hundiéndose ante Saúl: "¿A quién persigue el rey mi Señor, a *un perro muerto?*" (I Sam. 24<sup>15</sup>; II Sam. 9<sup>8</sup>), así como las palabras que Abisai, hijo de Sarvia, dirige a David contra Semeí, cuando el rey, huyendo de Absalón, es por aquel insultado: "¿Cómo se atreve *ese maldito perro muerto* a maldecir al rey?" (II Sam. 18<sup>9</sup>).

Los textos de Mari destacan el uso de *señales luminosas*: fuego de antorchas, columnas de humo, para entenderse desde lejos como por una telegrafía sin hilos, circunstancia que puede aclarar muchos pasajes bíblicos en que se nos habla de esos mismos recursos. a veces mencionan do sencillamente *la señal*, sin decir cual, como cuando se dice, por ejemplo: "Plantar una señal sobre los montes" (Is. 5<sup>26</sup>; 11<sup>10</sup>; 13<sup>2</sup>; 18<sup>3</sup>; 40<sup>9</sup>; 52<sup>7</sup>; Jer. 6<sup>1</sup>) donde *vexillum* o bandera no es exacto porque entonces, probablemente, no se conocían.

Con las tabletas de Kültepe se ha aclarado definitivamente el término *pur*, *purim*, del Libro de Ester, en el sentido de *Suerte*. Un triunfo se ha obtenido así mismo sobre muchos acatólicos con el epitafio de Tell-Yehundiey, donde el término *primogénito* se aplica al hijo único de Arsinos, que murió del parto de su primer hijo; "Mas en el parto doloroso de mi hijo primogénito, el destino me condujo al término de la vida". Luego, esta palabra, aplicada al parto de María, no implica la existencia de otros hijos posteriores, como quieren los adversarios de su perpetua virginidad...

Respecto al "modus narrandi", hemos de acentuar la singularidad de Israel de habernos dejado escrita su historia, como no lo ha hecho ningún otro pueblo de la antigüedad. Fuera de él se hallan sólo anales, y éstos de personajes sueltos, y por escritores interesados en la adulación; mientras que los historiadores de Israel se mantienen libres de influencias humanas que les tuerzan la veracidad histórica; de los más grandes personajes narran sus defectos... No obstante los autores sagrados son hijos de su tiempo y narran conforme a las formas literarias usuales entonces y Dios, en esto les deja, mientras no haya oposición a la verdad y santidad.

Como ejemplo de revestimiento literario del relato histórico al alcance del hagiógrafo y sus contemporáneos, podemos citar el caso del cainita de la séptima generación, Tubalcain, hijo de Lamec, a quien, el escritor sagrado presenta como forjador de hierro y bronce, como en los tiempos muy posteriores Y es que Moisés lo quiere presentar, en con-

traposición a los piadosos setitas, como sumergido en los afanes materiales, alejado de Dios y lo expresa de esa manera, la más asequible entonces a los lectores, proyectando sobre la época de Tubalcaín usos propios de tiempos muy posteriores, conocidos ya de todos.

Hemos de tener en cuenta, como ejemplo de usos singulares en Oriente, el caso de los números. Cuando es I Rey. 8<sup>63</sup> y Cron. 7<sup>5</sup> se dice que Salomón, en la fiesta de la Dedicación del Templo, inmoló 22.000 bueyes y 120.000 ovejas, es de todo punto inverosímil tomado a la letra; ni la riqueza pecuaria de tan reducido país, ni el espacio del Templo, ni el trabajo de los sacerdotes durante siete, ni aun catorce días, aguanta esa cifra matemática. Evidentemente en estas expresiones se encierra otra idea: un número matemático magnífico, para expresar la magnificencia pero no la matemática. Es el recurso a la hipérbole, que dice el Papa, y un modo plástico de expresar la solemnidad extraordinaria. Lo mismo sucede en otros casos como el millón de combatientes etíopes al mando de Zara y de 600.000 al mando de Asa (II Cron. 14<sup>8</sup>) cuando la guerra no se hacía con esos contingentes. Equivalen, pues a multitud inmensa de combatientes. En cuanto a la longevidad de los Patriarcas ha demostrado la ciencia que entonces los hombres vivían como hoy poco más o menos. Pero tales eran los usos hiperbólicos, como se demuestra por las listas de reyes ante y postdiluvianos de Egipto y Babilonia, donde aparecen con miles de años, resultando es su comparación, sumamente moderada la hipérbole de la Biblia; querían expresar una idea grande, pero no precisamente la longevidad matemática cual suena literalmente. Desconocemos aún esta idea.

Parecidas consideraciones hay que hacer sobre el Diluvio; la Torre de Babel; la confusión de lenguas. No es ya posible, ante las conclusiones ciertas de la ciencia, mantener todas las posiciones de la exégesis tradicional (en las cosas no definidas) dice el P. Bea. Es deber de los exegetas volver sobre estos estudios, teniendo en cuenta todos los aspectos de los problemas, La Biblia debe ante todo interpretarse con la Biblia misma, pero recibe no poca luz, en su elemento humano, del conocimiento del ambiente, historia, literatura oriental de su tiempo. Por eso el Papa exhorta a estudiar todos esos elementos.

Queda reseñado como caso de hipérbole repetida el empleo de números grandes sin su valor matemático, basado, sin duda, en algo convencional, posiblemente sagrado, tomando como base el siete, ya para señalar cronologías, que no son tales cronologías, ya para la edad de los Pa

triarcas, ya en la expresión setenta veces siete... He hecho una alusión rápida a la Universalidad del Diluvio de la que tanto se ha escrito y que hoy queda descartada, en cuanto a universalidad geográfica y posiblemente también en la universalidad humana. Resulta inverosímil también que en el Arca de Noé pudiera introducirse una pareja de cada especie de animales, con alimentos para todos en un tiempo tan largo, a pesar de que las dimensiones del arca eran colosales. Dejaré aparte ya toda consideración para ir señalando las más salientes hipérbolés que se dan en los diversos libros del Texto Sagrado.

## EN LOS LIBROS HISTÓRICOS

En Gén. 7<sup>11</sup>, se lee: "*Se abrieron las cataratas del cielo y se rompieron todas las fuentes del abismo*", en que, siguiendo las normas arriba expuestas no se quiere decir otra cosa sino que llovió de una manera torrencial y se produjo una inundación tan grande, como no se había conocido nunca.—Para darnos a entender la abundancia de pastos y la fertilidad de la región en que se asentaban Sodoma y Gomorra, nos dice en Gén. 13<sup>10</sup>: "Alzando Lot los ojos vió toda la olla del Jordán, enteramente regada, antes de que destruyera Dios a Sodoma y Gomorra, que era como un jardín de Yahvé y a partir de Segor se parecía al Egipto".

Con frecuencia promete Dios a Abraham y luego a sus hijos multiplicarles en gran número, darles una descendencia "*numerosa como el polvo de la tierra, las estrellas de los cielos y la arena que está en la playa del mar*". (Gén. 13<sup>6</sup>; 15<sup>5</sup>; 16<sup>10</sup>); cuya expresión se repite en Esdras, 2<sup>23</sup>: "Tú multiplicaste sus hijos como las estrellas del cielo".

Cuando Jacob (Gén. c. 49) bendice a sus hijos, antes de morir, a todos les recuerda algo, o les anuncia lo que les va a pasar, de un modo hiperbólico: "Rubén tú eres mi primogénito... *herviste como agua*... cometiste entonces una profanación... Simeón y Leví *son hienas*... *Cachorro de León* es Judá; de la presa subes, hijo mío, posando te agachas como león, como leona, ¿quién te hostigará?... atará a la vid su pollino, a la vid generosa el hijo de la asna; *lavará en vino sus vestidos y en la sangre de las uvas su ropa*. Brillan por el vino sus ojos y de la leche blanquean sus dientes... Isacar *es un robusto asno*, que descansa

en sus establos; vió que su lugar de reposo era bueno y prestó los lomos a la carga. (Se compara a Isacar con el asno de carga, echado en las majadas y gozando de la holganza porque en vez de luchar por someter a los cananeos, se dejó esclavizar por ellos)... Es Dan como *serpiente* en el camino. Como *víbora* en el sendero... Neftali es *una cierva en libertad*... José es *un novillo, un novillo hacia la fuente*... Benjamín es *un lobo rapaz* que a la mañana devora la presa y a la tarde reparte los despojos..."

En Ex. 15<sup>5</sup>, 7, 10 se dan comparaciones hiperbólicas muy frecuentes que se repiten insistentemente a lo largo del Sagrado Texto: "*Cayó al fondo como piedra*", "*los devoró como paja*", "*se hundieron como plomo en las aguas*". En Ex. 15<sup>12</sup> dice: "Tendiste tu diestra y *se los tragó la tierra*" y el 15<sup>16</sup>: "*Se quedaron inmóviles como una piedra*". Notable es la señalada en Núm. 13<sup>33</sup> en que el miedo hace hablar a los exploradores exagerando, para su propio mal, las cosas: "*...es una tierra que devora a sus habitantes* y todos cuantos de ella hemos visto eran de gran talla. *Hasta gigantes hemos visto allí, ante los cuales nos pareció a nosotros que éramos como langostas*..." Mientras los dos valientes exageran también sus bondades y la facilidad con que podrán apoderarse de ella en 14<sup>8y9</sup>: "*Es una tierra que mana leche y miel... no tengais miedo de la gente de esa tierra que nos los comeremos como pan*..."

Con frecuencia en la relación de luchas o escaramuzas se derrota a los enemigos *sin dejar escapar ni uno sólo* (Núm. 21<sup>33</sup>; Deut. 8<sup>22</sup>. Jos. 10<sup>28</sup>...).—Cuando se acercan los enemigos con un fuerte ejército son tan numerosos "*que cubren la superficie de la tierra*", "*gente innumerable como las arenas que hay a la orilla del mar*" (Núm. 22<sup>5</sup>; I Sam. 13<sup>5</sup>; II 17<sup>11</sup>) y amenazan devorar los contornos de Israel "*como devora un buey la hierba del campo*" (Núm. 22<sup>4</sup>).

En Núm. 23<sup>10</sup> Balam: "¿Quién es capaz de contar *el polvo* de Jacob? ¿Quién es capaz de enumerar las miríadas de Israel?... He aquí un pueblo que *se alza como leona... que se yergue como león*". Y en el magnífico oráculo que el falso profeta dirige a favor de Israel, a pesar de la petición de su rey, Balac, dice: (Núm. 24<sup>5-9</sup>): "¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob! ¡Qué bellos tus tabernáculos, Israel! Se extienden como un extenso valle; como un jardín a lo largo de un río; como álce plantado por Yavé; como cedro que está junto a las aguas. Desbórdanse de sus cubos las aguas; su simiente goza de aguas abundantes... El Dios que de Egipto le ha sacado es para él como la fuerza

del unicornio. *Devora a las naciones enemigas; tritura sus huesos; las traspasa con sus saetas. Sé agacha, se posa como un león, como una leona ¿quién le concitará?*"

En Deut 32<sup>10</sup>, nos presenta a Dios cuidando maternalmente de sus hijos, guardándolos "como a la niña de los ojos" y prometiéndoles entrar en "una tierra que mana leche y miel" y el Deut. 32<sup>13</sup>, da a su pueblo a "chupar miel de las rocas y aceite que mana de durísimo sílice". Mientras en Deut. 32<sup>22</sup> "Se enciende el fuego de su ira y hace arder hasta lo profundo del infierno, devorando la tierra con sus frutos y abrasando los cimientos de los montes..." porque las obras de los malvados son "un vino como veneno de dragones; como mortal veneno de áspides". (Deut. 32<sup>33</sup>) por eso preparará contra ellos sus saetas que "se emborracharán de sangre y su espada que se hartará de carne, de sangre de muertos y de cautivos..." Hasta el mundo sidereo se lanzará al combate, lo que nosotros decimos "caérsele a uno el cielo encima": "Desde los cielos combatirán las estrellas. Desde sus órbitas combatirán los astros contra Sisara... y el torrente de Cisón pisará los cadáveres de los fuertes..." (Juec. 5<sup>20</sup>).

De aquellos "que subían con sus ganados y sus tiendas como una nube de langostas, con camellos innumerables que venían a la tierra para devastarla..." (Juec. 6<sup>5</sup>; 7<sup>12</sup>).

Gedeón dice de su familia que es "la más débil de las de Manasés y él el más pequeño..." (Juec. 6<sup>15</sup>) sin embargo en su casa está radicado el culto y él puede servirse de diez hombres de entre sus criados.

Cuando se cometió el crimen de Gueba de Benjamín, se encontraban en esta ciudad, según Juec. 20<sup>16</sup>, "Setecientos hombres escogidos, todos zurdos, (ambidextros), capaces de lanzar con la honda una piedra contra un cabello sin errar el blanco". Es posible que haya hipérbole también en la descripción del armamento del gigante Goliat... "el asta de su lanza era como el enjullo de un tejedor", expresión que repite al hablar de las hazañas de los valientes de David. (II Sam. 21<sup>16</sup>; 21<sup>20</sup>).

David, "el dulce cantor de Israel", en su sentida elegía a la muerte de Saul y Jonatán dice de ellos: "Saul y Jonatán, más ágiles que las águilas, más fuertes que los leones..." (II Sam. 1<sup>23</sup>) y en el mismo libro se dice de Azael que "era ligero de pies como un corzo de los campos". (II Sam. 2<sup>18</sup>).

Los defensores jebuseos de la fortaleza de Sión se burlan de David por creerse muy a salvo, dado lo inexpugnable del lugar, y se lo dicen así: "No entrarás tú aquí, ciegos y cojos bastarán para impedirlo" y

el texto mismo explica la hipérbole “con lo que querían decir: No entrará David aquí”. Pero al producirse la derrota de los que tan confiados se hallaban en la inexpugnable fortaleza “hasta el valiente cuyo corazón es como el corazón de un león, temblará...” (II Sam. 7<sup>10</sup>). En el mismo libro, 14<sup>26</sup>, se nos dice que “el cabello de Absalón, cuando se lo cortaba, pesaba doscientos siclos”; teniendo en cuenta que el peso del siclo eran 14'20 gr., resultarían casi tres kilos, lo cual parece excesivo y habrá que aplicar aquí lo que hemos indicado para los números. También parece que hay hipérbole en algunas de las hazañas que se refieren en II Sam. 23<sup>8-39</sup> de los laureados de David. En II Sam. 23<sup>6</sup>, los enemigos son dispersados “como el polvo lo dispersa el viento; y pulverizados como el lodo de las plazas”. Los impíos serán tomados “como espinas del desierto” (II Sam. 23<sup>6</sup>).

Dios dió a Salomón “sabiduría y un gran entendimiento y *anchura de corazón como la arena que está a la orilla del mar*” (I Rey. 4<sup>29</sup>) va que tiene un pueblo tan grande “*que por su multitud no puede contarse ni numerarse*”. (I Rey. 3<sup>8</sup>). Roboam, aconsejado por los jóvenes dice al pueblo: “*Mi dedo meñique es más grueso que los lomos de mi padre...*”. Elías dice a Ajab, cuando todavía estaban los cielos limpios y sin nubes: “*Sube a comer y a beber porque ya suena gran ruido de lluvia*”. (I Rey. 18<sup>41</sup>). Delante del mismo profeta “*pasó un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas*”. (I Rey. 19<sup>11</sup>).

Benadad, cuando se lanza a invadir Israel y a cercar Samaria, enorguecido por lo fuerte de su ejército manda a decir a Ajab: “*Que esto me hagan los dioses y esto me añadan si el polvo de Samaria basta para llenar el hueco de la mano del pueblo todo que me sigue*”. (I Rey. 20<sup>10</sup>). Eran tan desproporcionadas las fuerzas que, al colocarse frente a frente los dos ejércitos, “*asentaron los israelitas su campo frente a ellos, como dos rebañitos de cabras, mientras que los sirios llenaban la tierra*” (I Rey. 20<sup>27</sup>). Y era tal el espanto de los que permanecían dentro de la ciudad “*que las murallas se les caían encima*” (I Rey. 20<sup>30</sup>).

En II Rey. 4<sup>29</sup>, Eliseo manda a su criado que vaya de prisa, sin detenerse, porque era urgente el caso de la sunamitis por su hijo y le dice: “*Cíñete los lomos, toma en tu mano mi bordón y si a alguno encuentras no le saludes y si alguno te saluda no le respondas*”. Con lo que le quiere decir que no se detenga y vaya rápido. En el mismo libro, 21<sup>13</sup>, promete el Señor “*echar sobre Jerusalén la cuerda de Samaria y la plomada de la casa de Ajab y fregarla como se friega un plato, voi-*

viéndolo de un lado y de otro". Con lo que le anuncia que habrá de sufrir los mismos males que Israel, sin que nadie se escape al castigo.

En el libro de Nehemías, los émulos de este jefe, se burlan de los que reedifican las murallas diciéndoles, 3<sup>15</sup>): "Ya pueden edificar. *Una zorra que contra ella se lance, derribará la muralla de piedra*".

La orden del rey grande, Nabucodonosor, a Holofernes es esta: "Les intimarás a que me preparen la tierra y el agua porque en mi furor saldré contra ellos y  *cubriré toda la haz de la tierra con los pies de mis soldados... sus heridos llenarán los barrancos y los torrentes, y el río se desbordará lleno de sus muertos...*" (Judit 2<sup>7</sup>). Muy confiado Holofernes en sus fuerzas y pretendiendo cumplir la orden de su señor, responde a Aquior, que le ha hablado como un profeta: "...*con la caballería inundaremos la tierra y bañaremos en sangre sus montañas, llenaremos de cadáveres sus valles, y no podrán mantenerse en pie delante de nosotros*". (Judit 6<sup>4</sup>). El pueblo mismo de Betulia teme que, en efecto, lleven a cabo su amenaza: "*Ahora sí que van a devorar estos toda la tierra y ni los altos montes, ni los valles, ni los collados podrán soportar su peso*". (Judit 7<sup>4</sup>). Las mismas palabras que la heroína dirige al general son de hiperbólica adulación: "... por la vida de Nabucodonosor, rey de toda la tierra, y por el poder de quien te ha enviado para reducir al buen camino a todos los vivientes, que no sólo los hombres serán reducidos por tí a la servidumbre, sino que aún las mismas fieras del campo y los ganados y las aves del cielo, por tu fortaleza vivirán bajo el gobierno de Nabucodonosor y de toda su casa. En verdad a nuestros oídos ha llegado la fama de tu sabiduría y la de tu gran inteligencia y por toda la tierra se ha corrido la noticia de que tú eres el mejor de todo el reino, el que más vale por la ciencia y el más admirable por el arte de la guerra". (Judit 11<sup>7-9</sup>). Los mismos del consejo de Holofernes alaban a Judit en términos hiperbólicos: "De un extremo a otro de la tierra no hay mujer de tan hermoso rostro y discretas palabras". (Judit 11<sup>21</sup>).

## EN LOS LIBROS POETICOS

Si esto se da en los libros propiamente históricos, aunque en algunos de ellos, como Samuel y Reyes, hemos visto intervenir a los profetas, con mayor razón, por su estilo peculiar, se da en los poéticos EMEF

(Job, Proverbios, Salmos) y en los proféticos, que encierran tanta poesía.

Nos introducimos en el Libro de Job y lo vemos completamente sembrado de imágenes bellísimas entre las que destacan las atrevidas comparaciones que encierran todas una o más hipérbolas. Es la historia del justo paciente que no sabe explicarse cómo, sin haber pecado, Dios le trata así y, en el colmo de su dolor, exclama: "Si pudiera pasarse mi desdicha en una balanza *pesaría más que las arenas del mar*" (Job 6<sup>23</sup>); recuerda sus días felices, cuando disfrutaba de los bienes de la tierra y advierte la velocidad con que pasaron, en contraposición con estos amarguísimos que atraviesa y no acaban de conducirle a la muerte; aquellos "*corrieron más rápidos que la lanzadera*" 7<sup>6</sup>) porque son "una sombra nuestros días sobre la tierra" 8<sup>9</sup>), pasaron "más veloces que un correo" (9<sup>25</sup>), "volaron como lancha de papiro, como águila que se lanza sobre la presa" (9<sup>26</sup>), pero él es justo y espera en el Señor con esa confianza, no con la esperanza del malvado que es "una tela de araña" 8<sup>14</sup>). Los amigos de Job le cansan con repetidos discursos para convencerle de que los males que Dios envía no caen más que sobre los impíos, mientras el justo no recibirá sino bienes y, hastiado de oírles repetir la misma canción que le sabe a mentira, ya que siente la verdad en sus propias carnes, les responde con despecho e ironía: "Cierto que sois vosotros la humanidad toda y va a morir con vosotros el saber". (12<sup>2</sup>). Pero los amigos de Job no dan el brazo a torcer y ponen por testigos de su pensamiento a todas las criaturas, que están acordes con ellos: "*Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán, a las aves del cielo y te lo dirán, a los reptiles de la tierra y te instruirán y te lo harán saber los peces del mar*". (12<sup>7</sup>). Job que sabe la justicia de su causa no cede y les replica: "Vuestros apotegmas son verdades de polvo, vuestras defensas de barro". (13<sup>12</sup>) y, dirigiéndose a Dios le dice: "A una hoja que arrastra el viento infundes pavor y a una paja seca persigues" (13<sup>25</sup>) y por el dolor y la horrible angustia "*me deshago como leño carcomido, como vestido que roe la polilla*" (13<sup>28</sup>) y, recalcando la idea de la brevedad de la vida, sobre todo de la vida dichosa, que tan poco se da en este valle de lágrimas, repite: "El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y lleno de miserias; brota como una flor y se marchita; huye como una sombra y no subsiste" (14<sup>1</sup>) a pesar de las ilusiones y linsojero porvenir que el hombre se había forjado en su imaginación, pero "¡ay!, que el monte se deshace en pedazos y se remueve de su lugar la roca y el agua corroe las piedras y se lleva la inundación los terro-

tes y, por modo semejante, destruyes la esperanza del hombre" (14<sup>18</sup>), pérdida ésta, "diré a la podredumbre: ¡Tú eres mi padre! y a los gusanos: ¡Mi madre y mis hermanos!" (17<sup>14</sup>).

Mientras tanto el impío "se bebe la iniquidad como agua" y disfruta paz en su tienda, pero como sus días son breves también, "el día tenebroso —de la muerte— le aterra; la angustia y la aflicción le acometen como rey pronto al asalto". (25<sup>24</sup>) y de "todas partes le asaltarán terrores, le seguirán pisando los talones" y "*aunque haya subido, cuando era feliz, hasta el cielo su arrogancia y haya tocado en las nubes su cabeza, desaparecerá como un fantasma para siempre*", (20<sup>6</sup>) y, aunque dulcificara la maldad con fuertes placeres "se corromperá en su vientre aquel manjar, hiel de víboras se tornará en sus entrañas... no gozará a la vista de los arroyuelos, *de los ríos que corren leche y miel*". (20<sup>14-18</sup>) y no podrá llevarse nada a la otra vida "*aunque haya amontonado la plata como tierra y tenga tanta abundancia de vestidos como lodo... pues vendrá sobre él el terror como diluvio*". (27<sup>16</sup>).

También Job fué un día feliz "*cuando se lavaba en leche los pies y le daba la piedra arroyos de aceite*" (29<sup>6</sup>), "cuando la justicia le rodeaba como un vestido y la equidad le servía de túnica y turbante, cuando "era ojos para el ciego y para el cojo pies" (29<sup>14</sup>) y se prometía "*prolongar sus días como los de la palmera*" (29<sup>18</sup>), cuando llegaba a las asambleas rodeado de todos los honores mientras el pueblo "le esperaba como se espera la lluvia y abría su boca para recibir sus sentencias como se abre para recibir el agua que tardaba en llegar" (29<sup>3</sup>). En aquellos días felices el venturoso Job "moraba entre su pueblo como mora un rey entre sus huestes" (29<sup>25</sup>) pero todo aquello pasó y es preciso pensar en la realidad presente que angustia y deja agobiado: "Ahora me hacen burla los más mozos que yo a cuyos padres me hubiera desdeñado yo de contar entre los perros de mi ganado" (30<sup>1</sup>). Expresión tan fuerte ésta que, si no la viéramos repetida varias veces a través de las páginas sagradas, hecho que nos indica que era del dominio común, teniendo además en cuenta lo acerbo del dolor, no diría bien de la dulzura y bondad del que poco ha se ha confesado "ojos para el ciego y pies para el cojo" y más bien nos inclinaríamos a creerle, a no tener más datos sobre su persona, un potentado déspota y cruel. Pero es lo inaguantable de su dolor moral, añadido al físico, lo que le hace hablar así, con esa hipérbole tan dura. Está deshecho porque "se fué como el viento su prosperidad, pasó cual nube su ventura" (30<sup>15</sup>) y tiene que oír consejos de inferiores a él que ya no reconocen su saber, al haber

perdido su riqueza, y le quieren envolver en las redes de la dialéctica “como le envuelve a uno un vestido ajustado, como ciñe la orla de la túnica” (30<sup>18</sup>), mejor estaría solo que con tales amigos pues se han juntado para compadecerle y consolarle y “han venido a ser para él sus hermanos, chacales; sus compañeros, avestruces” (30<sup>29</sup>); hasta tal punto le agobian que está próximo a explotar: “Mi interior está como vino encerrado, como odre nuevo pronto a estallar”. (32<sup>19</sup>).

En las bellísimas descripciones de la naturaleza y de los animales que hace Dios en su intervención, al final del libro, para hacer pensar a Job que, quien llevó a cabo tantas maravillas que, aun contempladas a diario por nosotros, no entendemos, sabe lo que hace con los hombres y por qué trata a cada uno como El quiere, según las normas de su saber y sus planes divinos, que el hombre no ha de investigar y de los que no ha de pedir razón, dice: “Mira al hipopótamo... *endereza su cola como un cedro... sus huesos son como tubos de bronce, sus costillas como palancas de hierro*” (40<sup>10</sup>)... y “los montes le ofrecen tributo” (40<sup>15</sup>). Del cocodrilo dice: “*Sus estornudos son llamaradas; sus ojos son como los párpados de la aurora... su corazón es duro como el pedernal, como la parte inferior de la muela... para él el hierro es como paja y el bronce como madera carcomida... hace hervir el abismo como olla y espumar como vasija de ungüentos... deja blanco tras de sí su camino cual si fuera una cana cabellera*” (41).

También el dulce cantor de Israel prodiga esta figura en las bellísimas plegarias que son sus Salmos. En el 2<sup>o</sup> dice a su Ungido, al hacerle entrega de todos los pueblos y de todos los confines de la tierra: “Podrás regirlos con cetro de hierro, romperlos como vasija de alfarero”. En el 5<sup>o</sup>, hablando de los malvados que tienden lazos a los justos, les presenta con el pecho “hinchido de malicia, un abierto sepulcro es su garganta, bruñen con el dolo sus lenguas”. Y es tanto el mal ejemplo y tanto ha cundido la maldad que en 14<sup>o</sup> dice: “*Todos van descarriados, todos a una se han corrompido. No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo*”. Los destacados, los jefes y poderosos, son los mayores obradores de la iniquidad y “*devoran al pueblo como se come el pan*”. (14<sup>o</sup>). El Salmista pide a Dios que le libre de ellos con mucha cuidado, no vaya a caer en sus manos, aunque sea rey, pues tiene muchos enemigos y suplica que le guarde “como a la niña de sus ojos” (17<sup>o</sup>) porque sus adversarios “*parecen leones que se disponen a devorar la presa, cachorros de león que acechan en la madriguera*” (17<sup>12</sup>). Pero si Dios está con el Profeta-Rey ¿quién contra él? “*Fiado en Tí*